

Vinciane Despret, *¿Qué dirían los animales... si les hiciéramos las preguntas correctas?*, trad. S. Puente, Buenos Aires, Cactus, 2018, 256 pp.

La filósofa de la ciencia Vinciane Despret hace filosofía “del entre”: le interesan los cruces entre psicología y etología, entre experimentación científica y epistemología de las ciencias para pensar los diferentes vínculos que establecen humanos y animales. El ámbito científico —el bosque, la selva, una reserva o un laboratorio— es un espacio de observación privilegiado, según la autora, porque produce una zona de indistinción hecha de composiciones y agenciamientos inter-especies. En este umbral se revelan aspectos insospechados tanto de los cuerpos como de los afectos. Por ejemplo, un grupo de primatólogas que reinserta chimpancés en sus hábitats naturales advierte con asombro que el ritmo de su ciclo reproductivo se sincroniza con el de las hembras estudiadas y luego de unos meses de convivencia primates y humanas menstrúan juntas, prueba contundente de la posibilidad de un devenir compartido, “no [...] devenir otro en la metamorfosis, sino *con el otro*; no para sentir lo que el otro piensa o siente, como lo proponía la engorrosa figura de la empatía, sino para acoger y crear, de alguna manera, la posibilidad de inscribirse en una relación de intercambio y de proximidad que no tiene nada de una relación de identificación” (p. 23).

En sintonía con los trabajos de Donna Haraway, Isabelle Stengers y Bruno Latour, la filósofa belga también investiga los modos en que los científicos despiertan interés en sus objetos de estudio. *Saber de pasiones y pasión de saberes*, su tesis doctoral, puede leerse como clave interpretativa de la particular atracción que ejercen sobre la autora los científicos que trabajan con animales. Frente a la frialdad o la crueldad que suelen desnudar los estudios que abordan las prácticas científicas con animales, Despret muestra que para muchos científicos —según Nietzsche, los más enfermizos de todos los hombres, esa manifestación de la animalidad deficiente en sí misma— los animales son una pasión feliz. Su propio libro es feliz y accesible sin dejar de ser crítico. Al indagar el modo en que la ciencia —modelo y reflejo de la cultura occidental— trata sus objetos, Despret cuestiona las consecuencias políticas de nuestras decisiones teóricas: “Nuestras teorías a propósito de los animales tienen consecuencias prácticas, aunque más no fuera por la consideración que podemos tener hacia ellos” (p. 49). Esta estrategia de abordaje quizás sea políticamente más efectiva que el pesimismo trágico del que tanto nos cuesta salir a los defensores de los derechos animales.

Qué dirían los animales retoma la línea abierta por la ya clásica compilación interdisciplinaria de Boris Cyrulnik, *Si les lions pouvaient parler. Essais sur la condition animale* (Paris, Gallimard, 1998), donde más de

cincuenta contribuciones de filósofos, historiadores, antropólogos, etólogos, psiquiatras y neurobiólogos relevan el estado de los conocimientos y las interrogaciones sobre el animal y su condición en el mundo contemporáneo, abordando tanto los modos de relación entre humanos y animales, como las representaciones del animal que manejan las distintas ciencias. Como etóloga de etólogos, lo que en cierta forma elabora Despret es un catálogo de estos “animales académicos” en el que conviven y se enfrentan especialistas en delfines, mamíferólogos, malecólogos, primatólogos, sociólogos, antropólogos y filósofos. El libro reproduce, de forma asistemática pero muy clara y con una apreciable cuota de humor, además de las posiciones de las distintas corrientes y sus debates, la historia de la disciplina, que tiene en su momento constituyente a la figura de Konrad Lorenz, el Descartes de los etólogos. Gracias a los métodos de Lorenz, la etología abandona el incierto terreno de “los aficionados-profanos” (p. 31) para convertirse en una ciencia objetiva. El saber subjetivo y antropomórfico de los criadores, adiestradores, cuidadores, guardianes de zoológicos, cazadores o simples amantes, que atribuyen con demasiada facilidad y sobre la base nebulosa de las anécdotas, determinadas competencias humanas a sus compañeros animales, se combate con una dosis de escepticismo y de estricta obediencia a reglas de rigor científico:

A partir de las proposiciones teóricas de Lorenz, la etología va a entrar en un sendero decididamente científico; los etólogos que le seguirán habrán aprendido a mirar a los animales como limitados a “reaccionar” antes que verlos “sintiendo y pensando”, y a excluir toda posibilidad de tomar en cuenta la experiencia individual y subjetiva. Los animales van a perder lo que constituía una condición esencial de la relación, la posibilidad de *sorprender* al que los interroga. Todo se vuelve previsible. Las causas sustituyen a las razones para actuar, ya sean razonables o caprichosas, y el término “iniciativa” desaparece a favor del de “reacción” (p. 60).

Como efecto de la sospecha maníaca de antropocentrismo, el mecanicismo extremo —que Despret llama la “cruzada del desencantamiento” en alusión a la pérdida del factor sorpresa y de la respuesta—, corre el riesgo de adolecer de lo mismo que denuncia. La construcción de la noción de artefacto lo evidencia. En este contexto, son artefactos las maquinaciones que *determinan* un comportamiento en lugar generar las condiciones y la oportunidad para que ocurra. No es casual que sea el método privilegiado por los investigadores de laboratorio ni que produzca sujetos (humanos y animales) poco interesantes, apegados a reglas rígidas y que siguen rutinas sin hacerse demasiadas preguntas. Por contraste, los experimentos

interesantes —sin tener, como los anteriores, garantizada la eficacia— vuelven más inteligentes a los científicos y a sus animales porque dan lugar a comportamientos espontáneos. Estos últimos suelen ser los preferidos por los investigadores de campo. Pero tampoco ellos están exentos de la posibilidad de construir dispositivos completamente antropomórficos, ideados con una lógica demasiado humana. Este es uno de los sentidos del título del libro: para que los experimentos puedan corroborar o falsar hipótesis hay que formular las preguntas correctas; para ello es preciso hacer el enorme esfuerzo teórico de intentar acercarse a una forma de pensamiento completamente inaccesible para el hombre. A eso apuntaba hace algunos años el primatólogo Frans de Waal cuando se preguntaba en el libro homónimo *¿Tenemos la suficiente inteligencia para entender la inteligencia de los animales?* (*Are We Smart Enough to Know How Smart Animals Are?*, New York, W. W. Norton & Company, 2016; trad. A. García Leal, Buenos Aires, Tusquets, 2016). O podríamos decir, en un sentido que sólo en apariencia es contradictorio con el anterior, que ya desde el título el libro de Despret retoma y refrenda la cuestión de la que parte Cirulnik citando a Wittgenstein: no es cierto que si los leones pudieran hablar no entenderíamos lo que dicen. Los comprenderíamos (los comprendemos) de una manera que se acerca bastante al modo en que nos entendemos los humanos, sobre la base de que la lengua es sólo un conjunto de malos entendidos y de que esa lengua, la misma que nos une, también nos separa. La condición de toda comprensión es, en cualquier caso, formular las preguntas correctas. No se pretende superar el antropomorfismo —eso sería como dar un salto más allá de nuestra propia sombra—, sino tenerlo presente a la hora de plantear hipótesis, construir dispositivos y sacar conclusiones.

El análisis de Despret resulta sugestivo porque con un movimiento nietzscheano que desenmascara voluntades de poder bajo la pátina de la imparcialidad, desplaza el problema del antropomorfismo de la relación de los científicos con los animales a la relación de los científicos entre sí en el interior de un saber que se pretende autónomo y legitimado, entendido como campo de fuerzas en disputa. Por eso es que propone que “la acusación de antropomorfismo no se debe tanto, o no siempre, al hecho de atribuir al animal competencias humanas, sino que incrimina más bien el procedimiento por el cual se efectúa dicha atribución. En otros términos, la acusación de antropomorfismo es una acusación política, de ‘política científica’” (p. 61).

Esta lectura le permite a la autora deconstruir, entre otros prejuicios, el mito del dominio de los machos en la naturaleza, al menos tal y como se lo estaba concibiendo. Contra toda expectativa, cuando un macho tiene ventajas en un conflicto, se trata mejor al vencido. En las especies estudiadas, la victoria en los enfrentamientos y la mayor agresividad no coinciden

con el acceso a las hembras, a los recursos o a los alimentos ni con la toma de decisiones sobre los desplazamientos de la manada. Todas estas nociones, sostiene Despret, “deben volver a ponerse en cuestión seriamente para comprender las relaciones que se entablan”. El patriarcado no se corrobora, entonces, en el mundo natural sino en el científico, que reproduce continuamente su gesto fundacional y el “académico-morfismo” de sus identidades profesionales: “¿Las relaciones de jerarquía no serán lo que caracteriza finalmente a las relaciones entre los que escriben sobre ellas?” (p. 47), se pregunta Despret.

Esta clase de interrogantes cifran la potencia de un texto que defiende la necesidad de aprender a conocer a los otros para poder reconocerse y que postula un credo incierto: en el encuentro de algunos científicos con ciertos animales “ninguna respuesta tiene el poder de dictaminar el sentido de lo que se está produciendo” (p. 10).

Evelyn Galiazo

Friedrich Nietzsche, *Contra la verdad. Ensayos tempranos*, trad. M. I. Pizzi, Buenos Aires, Rara Avis, 2018, 145 pp.

No es necesario introducción para quien es considerado el filósofo más importante del siglo XIX. Bajo el título de “Contra la verdad”, nos encontramos frente a una nueva edición y traducción realizada por Matías Pizzi de tres ensayos tempranos de Friedrich Nietzsche, presentados en edición bilingüe alemán-español. El libro abre con una esclarecedora introducción escrita por Virginia Cano, quien sienta un esquema interpretativo para las obras y para la elección de los ensayos. Luego siguen los ensayos: se trata de tres escritos publicados póstumamente, escritos durante la estancia Nietzsche en Basilea: *Sobre verdad y mentira en sentido extra moral* (1873), y dos de los *Cinco prefacios para cinco libros no escritos* (1872): “Sobre el *pathos* de la verdad” y “La relación de la filosofía schopenhaueriana con una cultura alemana”.

La dificultad de la prosa nietzscheana no es ningún secreto para quienes se hayan adentrado en los laberintos de sus escritos, previo al apaciguamiento que suelen ofrecernos sus traducciones. Pizzi resuelve con ingenio y amabilidad los enrevesados movimientos con que se expresa el alemán de Nietzsche, en una traducción atenta que estima tanto la fluidez de la lectura como el respeto de las formas gramaticales, inclinando quizás, levemente, la balanza en favor de la primera. Abundan también las notas que enriquecen la lectura del texto nietzscheano, destacándose tanto la recuperación de fuentes del autor alemán, como algunas claves hermenéuticas que hilvanan los ensayos y organizan la lectura. Sin embargo, por momentos no es posible dejar de notar ciertas decisiones de traducción y su